



MEGAN MAXWELL

**LOS PRÍNCIPES AZULES
TAMBIÉN DESTIÑEN**

*Los príncipes azules
también destiñen*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2012
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Andrei Zveaghintev - Shutterstock

© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-16276-6
Depósito legal: 3.227-2017
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



California, 22 de mayo de 1995

¿Realmente existe el flechazo?

En el caso de Sam y Kate, lo sintieron en el momento en que sus miradas coincidieron una calurosa tarde de mayo, mientras sonaba la música de los Beach Boys en la radio de aquel bar de la playa de California.

Michael, el amigo de Sam, se dio cuenta de cómo éste miraba atontado a aquella muchacha rubia que había en el grupo del fondo.

—¿Tiene un cuerpo bonito? —comentó Michael.

—Tiene más cosas de las que tú ves —respondió el otro sin poder dejar de mirarla.

—Sam... No me asustes... ¿qué te pasa?

—No lo sé, pero creo que me he enamorado.

—¡Dios mío! —gritó Michael—. ¡Aire!... ¡Aire! ¡A Sam le falta aire!

—Calla, idiota. —Rio al comprobar que aquella chica lo miraba también a él.

No podía apartar los ojos de aquella muchacha; era preciosa. Tenía el cabello rubio brillante, y unos dulces ojos verdes que lo habían dejado sin aliento la primera vez que lo miró. Estaba encantadora con aquel peto vaquero. Y la camiseta blanca hacía resaltar su tostada piel.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —susurró atontado.

—No está mal —reconoció Michael tras mirar a la joven de larga cabellera rubia.

Al otro lado de la barra, Kate tampoco podía dejar de mirar a aquel muchacho. No era la primera vez que lo veía, pero, al darse cuenta de que él también la observaba, se sintió torpe.

—Kate —preguntó Shalma—. ¿Ése no es el chico de la playa?

—Sí, es él —respondió tras dar un trago de su Coca-Cola.

—Vaya... vaya, te come con la mirada.

—No es para tanto —respondió Kate, aunque sabía que era cierto.

—Menos mal, chica. Un poco más y se acaba el curso y no se fija en ti.

Shalma tenía razón. Kate se había fijado en él al mes de estar allí estudiando. Pero él siempre estaba demasiado ocupado con sus amigos, el surf o las chicas como para mirar hacia otro lado. Pero ese día, sin saber por qué, finalmente sus miradas se habían encontrado. Kate bajaba muchas tardes a la playa y se sentaba en la arena a leer, y desde allí observaba cómo Sam hacía surf, siempre junto a su amigo. Aquel chico moreno que parecía su sombra, aunque en realidad, no sabía exactamente quién era sombra de quién. Lo cierto era que siempre estaban juntos allá donde los vieras. Muchas veces, en especial si el mar estaba más bravo, si te acercabas a la playa, los podías ver haciendo surf. Se les daba bastante bien. Si los observabas el tiempo suficiente, comprobabas que sabían muy bien lo que hacían cuando se metían en el mar con sus tablas.

A Kate le encantaba observarlos. Eran atractivos, y vestían con un aire desenfadado. Debían de medir un metro noventa, morenos de piel y pelo negro como el azabache, que siempre llevaban recogido en una coleta y, como decía Shalma, con un cuerpo musculoso y atlético que quitaba el hipo. Sus sonrisas y aquel aire polinesio los hacían especiales. Aunque quizá en el amigo de Sam era aún más latente que en él.

Kate, acalorada, dejó su vaso sobre la barra y fue al servicio a echarse un poco de agua en la nuca. Estaba tan nerviosa que las manos le sudaban. Al salir del baño oyó cómo alguien se dirigía a ella.

—Hace calor, ¿verdad?

—Sí —consiguió responder al ver a quién pertenecía aquella voz.

Sam no pensaba desaprovechar la oportunidad de hablar con ella.

—Hola, me llamo Sam Malcovich. —Sonrió tendiéndole la mano.

—Y yo soy Michael Talaua —dijo su amigo. Pero al ver la mirada que Sam le dirigió, enseguida añadió—: Y ya me iba. Adiós.

—Encantada. —La joven sonrió y, clavando los ojos en Sam, dijo—: Mi nombre es Kate Dallet.

Capítulo 2



Pasaron los meses y la magia entre Kate y Sam surgió de una manera salvaje como suele ocurrir cuando las flechas de Cupido llegan al corazón. Muchas tardes, Kate esperaba a que Sam y Michael terminaran de trabajar en el burger para salir con ellos, en especial con Sam. Fueron muchas las madrugadas en las que Kate se acercaba a la playa para verlos hacer surf. Al principio Shalma la acompañaba, pero con el tiempo se cansó y prefirió quedarse en la cama. Un día, mientras Kate observaba cómo se divertían con las tablas en el mar, decidió que quería saber más sobre ese deporte que tanto los apasionaba, y cuando Sam salió del agua y se tiró junto a ella en la arena le dijo:

—Me gustaría que me explicaras más cosas sobre el surf.

—¿Qué quieres que te cuente? —La miró mientras las gotas de agua salada le chorreaban provocativamente por el pelo.

—Lo que quieras —insistió besándolo.

—Ok, princesa —asintió él, y echándose el pelo para atrás empezó—. Te contaré lo que nos explicaba Mahuto, un hombre mayor que vivía al lado de nuestra casa. Este hombre era un antiguo surfista y siempre nos decía que el surf era uno de los deportes más antiguos del mundo. Por lo visto, en la antigüedad, los polinesios hacían campeonatos que eran considerados duelos; amorosos o de cualquier otra índole.

—¿Duelos? —Kate sonrió.

—El duelo consistía en coger olas en los rompientes más arriesgados. Según nos contaba Mahuto, era raro pasar un fin de semana sin que hubiera unos cuantos duelos. Se dice que ya en el año 1770, el capitán James Cook describió en su diario un extraño ejercicio que practicaban los nativos de mis islas cuando se adentraban en el mar sobre sus tablas de madera y que denomi-

naban *choroe*, que para ellos significaba «pillar olas», «cabalgar olas», etcétera. El surf siempre ha sido para nosotros un modo de vida, incluso se construían templos llamados *Heyau*, en los cuales se dejaban ofrendas y el *Kahuma*, que significa «brujo de la tribu», rezaba para que vinieran buenas olas.

—¿De verdad que rezaban para que vinieran buenas olas?

—Sí, cariño, ya te he dicho que el surf, en Hawái y las islas es un modo de vida. ¿Quieres que continúe?

—Por supuesto. Es muy interesante —asintió Kate.

—Cuando murió el capitán Cook, un tal James King escribió también sobre los hawaianos y su particular forma de divertirse haciendo malabares peligrosos y asombrosas piruetas sobre una tabla en el mar. Con el tiempo, la Iglesia se metió por medio. No veía con buenos ojos a quienes practicaban el surf, se les llegó a acusar de indecentes por practicarlo medio desnudos. Por eso durante un tiempo aquel fenómeno llamado *choroe*, junto con la danza del *hula*, fueron duramente castigados y la gente dejó de practicarlos con la libertad de otras épocas. Pero como todo en esta vida, con el tiempo siempre hay alguien que ayuda a que regresen las cosas buenas, y surgieron movimientos hawaianos que exigieron que se recuperaran su pasado y su historia, y volvieron a darle al surf la importancia que siempre había tenido en la isla.

Kate le escuchaba con atención. Se notaba pasión cuando hablaba de su hogar.

—Se habló de John Papa Li, un hombre que escribió acerca de cómo se practicaba aquel deporte, pero sobre todo se centró en hablar de los tipos de madera que se usaban para hacer aquellas maravillosas planchas, tratadas con aceites y esencias. George Freeth, más conocido como Brown Mercury, fue un surfista medio irlandés, medio hawaiano. Él fue el primero en mostrar al resto del mundo lo que era el surf. Durante los años que vivió en California, se dedicó a enseñar a todo aquel que quisiera a surfear al estilo hawaiano. Por desgracia murió joven, pero por suerte para nosotros y para el surf, en Redondo Beach hay un busto de bronce en su memoria, en cuya placa se puede leer la siguiente leyenda...

—«EL PRIMER SURFISTA DE EE.UU., EL JOVEN QUE RECIBIÓ EL ÚLTIMO ARTE DE LA POLINESIA, EL SURF.» —Señaló Michael mientras se sentaba junto a ellos.

—Muy bien, hermano. —Sam sonrió y prosiguió—: Duke Kahanawoku, entre otros, creó en Waikiki el club de surf Hui Nalo. Duke fue campeón olímpico de natación en 1912, y en 1915 Australia lo invitó a visitar sus playas, en concreto una playa al norte de Sídney. Allí impartió clases de surf y construyó una tabla de madera de secuoya, a la que hizo terriblemente famosa, y que aún se encuentra en el club de surf australiano que fundó allí. El resto... ya te puedes imaginar. La gente comenzó a practicarlo, aunque, en honor a la verdad, los hawaianos somos los reyes en este deporte.

—No lo dudes. —Michael sonrió al ver cómo se pavoneaba delante de Kate.

—Es fascinante —dijo ésta también con una sonrisa.

—Sí, el surf es fascinante —respondió Michael mirando al mar.

A la mañana siguiente, cuando pasaron a recoger a Kate, se sorprendieron al verla esperándolos enfundada en un traje de neopreno azul y con una tabla bajo el brazo. Kate, al ver sus caras, no pudo reprimir una sonrisa cómplice.

—Lo siento, chicos, pero ya me he cansado de mirar. Vais a tener que dedicaros durante un tiempo a enseñarme; yo también me quiero divertir, quiero saber qué se siente cuando «coges una buena ola», como decís vosotros.

—Vaya —dijo Michael sonriendo—, los tienes bien puestos, Kate; así me gustan a mí las chicas. ¿No tendrás alguna hermana?

Kate sonrió y puso los ojos en blanco.

—Ésta es mi chica —se enorgulleció Sam, cogiéndola por la cintura—. Cada día estoy más loco por ti. Venga, vamos a la playa.

Y así empezó el aprendizaje de Kate. Los primeros días fueron duros, y lo que más hacía era tragar agua y revolcarse por la playa. Pero pronto le enseñaron que, para ponerse en pie sobre una tabla, debía repartir el peso del cuerpo entre los dos pies y doblar las

piernas, y que el pecho debía caer hacia delante; le explicaron qué era un *take off*, el pato, el tubo, y cómo había que balancear los hombros en el sentido en que rompía la ola para hacer un *bottom turn* y así poder girar; aprendió que antes de meterse en el agua siempre tenía que controlar dónde estaban las rocas, o hacia dónde iba la corriente, o cómo eran las olas. También le enseñaron a que no esperara a salir del agua hasta que estuviera agotada, sino que tenía que hacerlo cuando sintiera frío o notara los primeros indicios de cansancio.

Practicando casi a diario y con una tremenda fuerza de voluntad que sorprendió a ambos, Kate consiguió aprender y, con el tiempo, comenzó a disfrutar. Así, cada mañana, cualquiera podía ver cómo los tres acudían a la playa con sus tablas enganchadas a los tobillos y bailaban con las olas.